

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

"Euterpes y el Pequeño Hermes"

(La Música como Instrumento Terapéutico
y de acercamiento al niño y al
adolescente Sociópata)

JORGE SAMUEL PELLECER BADILLO

PLAN DE TESIS

- I INTRODUCCION**
- II PRIMERAS EXPERIENCIAS DE INTRODUCCION**
- III EL CORO**
- IV VIDAS DE ARTISTA**
- V CONVIVENCIA EDUCACIONAL**
- VI TAQUILLA Y PASCUA FLORIDA**
- VII FLAUTAS DULCES**
- VIII CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES**
- IX BIBLIOGRAFIA**

I – INTRODUCCION

Me propongo presentar a Uds. el presente trabajo, que contiene lo que me ha sido posible recopilar y traducir al lenguaje hablado y escrito de mis experiencias de acercamiento a nuestra niñez llamada "delincuente", a través de la música, en el Centro de Reeducación de Menores "La Ciudad de los Niños" en San José Pinula.

Es un enfoque médico-psiquiátrico de la personalidad sociopática y otros trastornos de la personalidad en el niño y el adolescente, pero es también una apreciación crítica y humana de nuestros paupérrimos recursos para la protección de estas generaciones víctimas de una amalgama de incidencias psíquico-ambientales y socio-económicas.

Es además una exaltación de la música, como un recurso insospechado para el acercamiento terapéutico en el caso de muchachos socialmente inadaptados que muchas veces han sido clasificados a la ligera como inalcanzables e incorregibles.

El trabajo contiene muchas consideraciones, un tanto subjetivas pues en ocasiones es casi imposible enfocar de una manera completamente objetiva lo que es abstracto e imponderable.

No intento, pues, llegar a conclusiones definitivas, sino presentar el relato de la convivencia educacional de una mente cuyo contacto con las observaciones del naturalismo mecánicista en la mesa de autopsias, no logró apagar el amor por el alma humana, y las vibraciones de un espíritu incurablemente musical, en una comunidad de "pequeños delincuentes".

Es en este dualismo de la personalidad médico-musical, que he intentado montar la obra en que los "pequeños delincuentes" son los personajes centrales que encuentran en la música el oasis refrescante en medio de un desierto donde proliferan los afectos y emociones distorsionadas por la nefasta pareja de un hogar deformado y una sociedad enferma e indolente a la vez.

La interpretación psiquiátrica se encuentra a lo largo de todo el trabajo. Surge cada vez que un hecho interesante la reclama o calla discreta cuando los hechos hacen su propia música. El lector podrá descubrir a la música abriendo la brecha para penetrar en esa inmensa selva de la personalidad del niño

delincuente, y en muchos casos la verá iluminar con su luz pristina la oscuridad de un alma sedienta de cariño. Acerquémonos pues, del brazo de Euterpes, al desolado mundo del "pequeño Hermes".

II – PRIMERAS EXPERIENCIAS DE INTRODUCCION

Yo había sido director de un coro por espacio de seis años y por algunos problemas tuve que renunciar quedándome sin actividad coral. En esos días, solicité mi colaboración un grupo de jóvenes cristianos, llamados "Amigos de los Niños" —que visitaban la Ciudad de los Niños en San José Pinula, en labor voluntaria— para formar un coro con los muchachos allí recluidos. En un principio no me atrajo mucho la idea. Yo nunca había trabajado con niños, y menos con la clase de niños que en ese momento me pinté. Sin embargo, prometí que iría a visitarles para observar la situación.

Recuerdo que llegué en Enero, cuando el frío es bastante intenso en San José Pinula y sobre todo, en los bosques donde se encuentra la Ciudad de los Niños. Al poco tiempo de haber entrado en los terrenos de la institución, me encontré con los primeros niños que pisaban con sus pies descalzos, un suelo húmedo y frío. Eran como las seis de la tarde y casi todos se encontraban en el comedor, pues era la hora de cena.

Entré y observé alrededor de sesenta niños y muchachos que comían vorazmente en platos de hierro esmaltado; sus miradas eran inquisidoras, escudriñadoras, agresivas; algunas también que denotaban profunda tristeza. Fue un momento de tenso silencio que luego fue roto con muestras de indiferencia por parte de ellos. Me dirigí entonces a conversar con las personas del grupo que me había invitado. Me llevaron un chico como de once años, sucio, descalzo con la mirada muy baja y asustada. Tenía un absceso en un dedo de la mano envuelto en un trapo tan sucio como él mismo. Les expliqué que eso debía tratarse en un lugar donde hubiera lo necesario y que lo mejor sería que lo viera el médico del centro; ilusa pretensión la mía! Supe entonces, que el médico de la institución sólo atendía en el centro de observación en la capital, aunque era su obligación llegar también a San José Pinula y allí únicamente contaban con un enfermero. Llevarlos al Centro de Observación

—me explicaban— es sumamente difícil por la falta de transporte y aún más difícil regresarlos, por lo que los niños se oponían fuertemente cuando se necesitaba que fueran. Decidí pues, bastante dolorosas. Antes de comenzar, el niño me advirtió temeroso y amenazante a la vez, ¡No me vaya a hacer duro!

Cuando lo puncioné y tuve que exprimirle el dedo, rompió en gritos diciendo, "Ya estuvo, ya estuvo, hijo de la gran P... " "Le voy a pinchar las llantas de su carro".

Estos muchachos, con trastornos sociopáticos de la personalidad, carecen de sentido de perspectiva y viven únicamente el momento; les interesa su bienestar y satisfacción, reaccionando con violencia cuando sufren en alguna forma, sin importarles los sentimientos de las demás personas.

Después de advertirles que muy probablemente se iba a volver a infectar por las condiciones y la carencia de antisépticos, me despedí no sin antes revisar las llantas de mi carro, que afortunadamente, estaban intactas. Al salir, me llamó la atención un rótulo que en la entrada, dice: "Por la felicidad del niño y el engrandecimiento de Guatemala".

Esa primera impresión fue definitiva para motivarme y después de una semana, estaba decidido a aceptar la tarea. El sábado siguiente, llegué dispuesto a empezar. Alguien del grupo me presentó ante todos los muchachos que estaban reunidos en el salón de actos de la escuela. Además del mal olor, flotaba en el ambiente una evidente agresividad. Algunos se reían con burla desafiante. Les dije que era director de coros y que quería formar uno con ellos. Les pedí que levantaran la mano los interesados. Nadie lo hizo. Las risas y palabras gruesas se sucedían. Bastante confundido volví a formular la invitación. Igual respuesta. Yo no sabía qué decir. Algunos cantaban grotescamente en son de burla. Por fin les dije que pertenecer a un coro era de hombres bien plantados, que no les diera vergüenza ni miedo cantar; y que por esa razón, había pensado en ellos, pero que en vista de haberme equivocado, iría al centro de niñas allí mismo en San José Pinula, pues probablemente, ellas tendrían menos temor. Después de algunas exclamaciones de protesta y de indecisión, comenzaron a levantar la mano, indicando que querían participar.

Con frecuencia los muchachos delincuentes tienen tendencias homosexuales cuyas raíces se encuentran en una malograda identificación con el padre que por lo regular ha sido alcohólico,

promíscuo, o muchas veces no ha existido en el hogar. En otras ocasiones, la situación de vagabundeo a que han sido empujados, los ha expuesto a prematuro contacto con experiencias sexuales, generalmente homosexuales.

El ambiente indiscriminado de edades y delitos, así como el poco cuidado de las autoridades de "La Ciudad de los Niños" a este respecto, propicia el desarrollo de estas tendencias. Se explica pues, que en un afán de encubrir esta aberración, muestren resistencia y hasta desprecio por expresiones artísticas como el canto, que les parecen feminoides.

Cuando les enseñé que no era de hombres rechazar el canto, cambiaron radicalmente su actitud.

Me junté con un grupo muy grande que tuve que seleccionar con un sencillo examen individual y privado. Casi todos me parecieron menos agresivos al estar solos en el aula que escogimos para el examen. Es más, algunos fueron amables y otros tímidos.

La mayoría tenían pésima voz. Unos gritaban desafinada y arrítmicamente; otros, cantaban con tal timidez, que casi no los podía escuchar. Todos cantaban canciones populares de lo más vulgar e inadecuadas para su edad, como era de esperarse.

Mostraron fuerte anhelo por salir electos para el coro y muchos me pidieron directamente que los aceptara. El 90 por ciento, durante la prueba, me pidió dinero.

Aquí podríamos decir, que el dinero para ellos tiene un simbolismo sexual, etc., pero me parece que eso es estirar mucho la realidad; con mucha frecuencia, estos niños han sido entrenados por su padre o madre a pedir dinero en las calles desde muy temprana edad. Por otra parte, oyen constantemente a su madre quejarse de la falta de dinero, que el marido no le da dinero, etc.

Han sido testigos también en muchas ocasiones, que la madre exige y obtiene dinero en su relación con otras personas. De manera que no constituye algo insólito, el hecho de que pidan dinero cada vez que tienen oportunidad.

Al terminar les indiqué que hasta el próximo sábado sabrían el resultado. Yo salí bastante indispuesto, pues además de que todos eran muy sucios, expulsaban gases casi constantemente. Aún los de más edad, pero sobre todo los

pequeños, tenían un olor que evidenciaba la presencia de orina en sus ropa y cuerpo. A ellos sin embargo, no parecía molestarles en lo más mínimo, sus mutuos olores.

El niño con problemas antisociales de conducta, nunca aprende ciertas normas sociales; no se cohíbe de actos que puedan ser desagradables o incómodos para quienes están a su alrededor, es sucio, no tanto por limitaciones económicas-culturales, sino como una agresión a la sociedad y padecen de enuresis muy frecuentemente.

Antes de retirarme reparé en que el niño del dedo enfermo se había mantenido cerca, como si hubiera querido decirme algo. Lo llamé y le pregunté por su dedo. Obviamente satisfecho, me mostró que había sanado y me preguntó si se le caería la uña.

También había algunos que poseían una bella voz en potencia, pero indudablemente el desabrimiento constante había hecho mella en sus órganos de fonación, aparte de que es muy difícil encontrar una buena voz en un niño que todo lo que ha oído en su vida es música de "rockola" y gritos de regaños, órdenes, insultos e impropios de sus padres, padrastros o padres. Siempre me pareció curioso que estos muchachos todo lo hacen gritando: Si cantan, gritan; si muestran descontento, gritan; si están contentos, gritan. Fue de lo más difícil enseñarles a cantar suavemente. El hogar del futuro sociópata casi siempre ha estado exento de ternura y cariño; la autoridad se impone a gritos y golpes.

Oponían resistencia al orden, y sobre todo, a producir belleza. Todos querían cantar bajo; aún los pequeños que poseían una voz aguda. No sé si sería que de verdad les desagradaba, o más bien, no querían parecer menos "hombres" que los de voz más grave. A la semana siguiente, llegué con la lista de los seleccionados, que por cierto, era poco menos de la mitad del grupo inicial. En cuanto Hegué, principiaron a acosarme preguntando si habían sido aceptados. Leí la lista y los llamé a un aula para iniciar los ensayos.

Los no elegidos, reaccionaron de diversas formas, pero la mayoría, tuvieron fases de desprecio hacia el coro y todo lo que fuera cantar, emitiendo burlones alardos. Recuerdo frases como estas: "Qué bueno que no quedé yo en eso". "Eso es de huecos"*. "Mejor, yo ni quería quedar".

* Homosexual en el caló de Guatemala.

Su acentuado egoísmo no les permite tolerar ser declarados no aptos para algo y reaccionan violentamente; en este caso, con insultos y frases de desprecio, pero sus actitudes ante la frustración pueden llegar a ser verdaderamente peligrosas.

III – EL CORO

Nuestro primer ensayo fue difícil, pues no estaban acostumbrados a la disciplina coral ni alguna otra y el resto de muchachos hacía un gran escándalo afuera. Unos, subidos en las ventanas, cubiertas sólo con cedazo, hacían toda clase de muecas, para distraer a sus compañeros y otros, se reían con sorna de sus intentos por cantar según mis indicaciones. Así fue como empezamos a trabajar con el coro en las situaciones más increíblemente adversas. Cada ensayo teníamos que resistir al ruidoso boicot que organizaban afuera los niños, lanzando piedras y palos al techo. Al terminar los ensayos, los muchachos salían rodeados de sus resentidos compañeros que les incriminaban con todo tipo de acusaciones como "chaqueteros", "culebras", "interesados", etc.

El coro iba progresando; algunos habían desistido a los primeros intentos y sin ningún anuncio, un día ya no entraban a ensayar. El muchacho sociópata es sumamente inestable y con poco sentido de responsabilidad; tiende a presentar cambios bruscos de carácter sin alguna causa aparente.

Pero los que se quedaban trabajaban cada vez mejor por superarse y superar el coro. Con el transcurso del tiempo, fui enseñándoles canciones cada vez más finas y bellas sobre todo en su texto, exaltando la belleza de la vida y de las cosas. Al principio, era evidente que se sentían incómodos y extraños. Cuando les ponía ejemplos o ilustraciones basadas en el riachuelo que corre cerca de allí, o en el sereno bosque detrás del campo de juego o en esos destellos fascinantes de un amanecer sobre el rocío de las hojas, parecía como si nunca lo hubieran contemplado, a pesar de haber vivido tanto tiempo en aquel lugar.

Es característico del "antisocial", un marcado embotamiento de la sensibilidad por las cosas bellas y su vida es tosca y fría. Es una vida "gris" sin verdadero colorido y calor.

Una vida estúpidamente triste que viven tantos niños en nuestra patria y en el mundo, a la que la música puede influenciar de tal manera, que produzca cambios realmente sorprendentes como veremos más adelante. Esto, claro está, se refiere no a la música como un fenómeno incidental meramente, sino como una actividad dirigida y organizada.

No pasó mucho tiempo para que empezaran a gozar realmente lo que hacían, y era notorio que estaban conscientes de que era un verdadero privilegio poder usar adecuadamente sus voces. Con el correr de unos seis u ocho meses, llegaron a ser el grupo más disciplinado y con más interés que he dirigido. Casi todos habían cambiado mucho. Al cantar transfiguraban sus caras agrias y desconfiadas en otras llenas de vida, alegría y confianza. Se reclamaban entre ellos mismos la puntualidad y con ciertas limitaciones, mejoraron su limpieza personal y su vocabulario. Era duro lo que tenían que remontar para persistir en su empeño pues por un lado yo les exigía mucho, y por otro, el hielo y envidia de sus compañeros crecía.

Los que más sufrián eran los pequeños, pues los grandes los amenazaban con golpearlos si asistían a los ensayos; y realmente, en varias ocasiones lo hicieron con los más allegados a nosotros. No todos soportaron el castigo, y de pronto, alguien me recibía con la noticia de que ya no seguiría en el coro "porque ya le había aburrido" aún estando yo seguro de que eso era falso. Casi nunca alguien aceptó que era la presión de los otros; pero yo me enteraba, a través de sus mismos compañeros.

Otra noticia desagradable que recibíamos con frecuencia, era de alguna "fuga" y casi siempre nos la daba uno de los más adversos al coro, con cierto sabor de satisfacción. Era una forma de vengar la afrontosa ofensa a su jactancioso "ego" cuando fue rechazado como candidato al coro.

Había un chico como de nueve años que tenía una voz aguda y dulce, muy bonita. Cada vez que cantábamos algo que poseyera cierta ternura como la canción de cuna de Brahms, o Noche de Paz, sin previo aviso y aparentemente sin motivo, se le salían las lágrimas. No era el único al que le pasaba esto, tanto que en una oportunidad me pregunté si valdría la pena ponerles ese tipo de música. Me llamó mucho la atención que contrario a lo que yo me suponía, nadie, ni los más grandes, se reían o burlaban. Los observaban con respetuoso silencio. Al preguntarle a uno de ellos por qué lloraba, me dijo que se ponía a pensar en su madre. Ella vivía, y por lo que se podía deducir de lo que el niño refería, ejercía la prostitución, y no se interesaba por él.

Sin embargo, el chico hablaba con verdadera nostalgia de ella. Aparte de ser el mejor soprano que teníamos, era dócil y muy sensible. A veces se sumía en una tremenda depresión. Un día ya no lo encontramos, se había fugado, y no volvimos a saber de él.

A pesar de que las características del hogar y de la madre de este chico eran las que se encuentran en la niñez del psicópata, su sensibilidad, ternura, maleabilidad y su misma fuga como muestra de inconformidad ante aquel ambiente, lo ponían definitivamente fuera del cuadro clínico de la personalidad antisocial. Muchos autores piensan que además de los factores ambientales, debe existir en el individuo cierta predisposición a desarrollar dichos trastornos de la personalidad. Esto explicaría por qué algunos niños cuyos hogares han sido desintegrados, promiscuos, etc., nunca llegan a ser sociópatas.

"Bruja" era el apodo de un muchacho de doce años, de aquellos que tienen una gran facilidad para desagradar. Cantaba bastante mal, pero se empecinaba fuertemente en pertenecer al coro. Era quizás, el muchacho más difícil que yo conocí. Se disgustaba con suma facilidad. Con la menor cosa que contrariara su voluntad, se enfurecía y hacía verdaderos berrinches. En muchas ocasiones tuve que sacarlo de ensayos, por caprichos y respuestas inadecuadas. Ya yo sabía que ese día tendría que revisar mi carro más que de costumbre, pues seguramente le habría hecho alguna avería. Era terrible, desagradable y casi inaguantable, pues aparte de su conducta, no tenía la menor gracia que lo suavizara un poco, pero hacía verdaderos esfuerzos por ser tomado en cuenta. Tenía los dedos de las manos deofrmados, pues sus padres se las habían quemado en varias ocasiones, para enseñarle a no robar. El era siempre el que se adelantaba a darnos las noticias más desagradables, sobre todo, cuando se trataba de alguno de los más allegados a nosotros.

Era el caso más típico del niño psicópata. Egoísta, antisocial, exigente, desagradecido, incapaz de inspirar simpatía y de sentir cariño por alguien. Exigía mucho de los demás, pero no estaba dispuesto a dar nada en cambio. Después de poco más de dos años de conocerlo, ha tenido varias fugas y re-ingresos, y continúa sin cambiar; no parece tener la más mínima esperanza de superación.

Por el contrario el sociópata tipo "disocial" se hace simpático a los demás, sintoniza con relativa facilidad con el ambiente pero es desleal, fanfarrón y trámoso. El caso anterior podía haberse tratado también de un caso de esquizofrenia tipo

simple, en sus primeras etapas de desarrollo. Estos enfermos pueden confundirse en un principio con una personalidad antisocial pues son malhumorados, irritables, irresponsables, vagos y delincuentes. En ellos, sin embargo, estos cambios son debido a la desintegración y empobrecimiento de la personalidad.

En etapas más avanzadas la diferenciación se hace más clara y el pronóstico de éstos es muy distinto al del sociópata.

Aunque desde un principio me había propuesto no tener ninguna clase de preferencias, pronto llegué a la conclusión de que esto era una verdadera utopía, pues algunos muchachos por sus cualidades y aptitudes, llegaron a tener en mi interior, un lugar muy especial. Claro que siempre traté de que esto no fuera muy evidente ante los demás. A pesar de todo, había celos y no dejaron de darme algunos problemas en más de una oportunidad.

Al finalizar el ensayo, tenía la costumbre de quedarme platicando con algunos de ellos; y fue en esta forma, que me enteré de la historia de varios. Casi todos llegaban de hogares mal integrados, como padrastro o madrastra, con los cuales nunca se llevaban bien. Los padres o los padrastros casi siempre eran bebedores crónicos y en el peor de los casos, también la madre. Otros, sin embargo, provenían de hogares integrados, aparentemente dentro del marco que solemos llamar "normal", con situación económica más o menos buena. Pero el chico se había fugado de su casa y capturado por vagancia o algo similar.

Se ha comprobado que el niño antisocial, frecuentemente proviene de hogares mal integrados. La madre no ha deseado el nacimiento del niño y ella misma ha tenido una niñez poco feliz, lo cual, consciente o inconscientemente, refleja en su relación con el hijo. No hay un sentido de autoridad bien orientado; y las órdenes que se dan, están desprovistas de amor. El niño ha cambiado frecuentemente de hogar entre amigos y parientes; y por último, acaba buscando la calle con un super-ego pobemente estructurado.

Todos hablan perfectamente el caló y se mostraban sumamente herméticos cuando yo trataba de aprenderles algo. Casi no lo usaban en mi presencia salvo cuando estaban molestos por algo, mostrándome así su disgusto. A pesar de todo aprendí varias palabras. Alguien me elaboró una vez un pequeño diccionario pero se cuidó mucho de no incluir más que las palabras más corrientes y conocidas. En cuanto a su español me llamaba mucho la atención que algunos tenían algún problema

del lenguaje. Moderada tartamudez, el uso indiscriminado de la Z, sustitución de la T por la S e imposibilidad para pronunciar correctamente palabras de construcción relativamente sencilla.

Numerosos autores están de acuerdo en la marcada y definitiva influencia de las primeras relaciones afectivas madre-hijo, sobre el desarrollo del lenguaje. En los primeros días de vida del niño, la madre es una especie de intérprete entre el "lenguaje" del niño y el mundo externo. Igualmente importante es el clima familiar; el tono de las conversaciones y la claridad y la seguridad de las órdenes dadas al niño o a otro miembro del grupo familiar.

La mayoría de niños con problemas del lenguaje tuvieron madres neuróticas o con desviaciones de la personalidad.

Por otra parte no debe considerarse las deficiencias lingüísticas como problemas únicos y separados. Exceptuando los casos de daño cerebral, retardo mental o defectos en los órganos de fonación y audición, los trastornos del lenguaje siempre son únicamente, manifestaciones que acompañan a otra serie de defectos de la personalidad. De tal suerte que las perturbaciones lingüísticas tales como disgracia, tartamudeo, lenguaje infantil y otros, son más frecuentes en niños delincuentes y antisociales.

Al principio me costaba reunirlos para ensayar pero al poco tiempo era obvio que esperaban ansiosos el día y la hora del ensayo. Únicamente tenía que tocar la bocina del carro y empezaban a llegar corriendo con verdadero entusiasmo, gritando "los del coro, los del coro".

Uno de los principales obstáculos en la motivación de los niños socialmente inadaptados es la desconfianza que los mayores y aún ellos mismos sienten de su capacidad para emprender una actividad que requiera cierto grado de seriedad y responsabilidad. Dentro del coro se sentían importantes y hasta necesarios. La música les proporcionaba la grata sensación de que eran capaces de realizar algo que nunca habían imaginado, e inclusive que no todos en el Centro tenían el privilegio de experimentar. Siempre tratamos de insistir más en sus cualidades que en sus defectos y nos motrábamos altamente satisfechos con sus progresos aunque estos fueran mínimos. Nos interesaba más el efecto del coro en sus personalidades que el mero progreso de aquel en sí mismo.

La actitud de los que no pertenecían al coro fue cambiando con el tiempo hasta que lo llegaron a considerar como algo

normal y natural. Cesó la lucha y el rencor se transformó en indiferencia, y muchas veces hasta en admiración. Pero hubo de pasar mucho para esto. Recuerdo que muchas veces me arrancaron conexiones del motor de mi carro. Otras veces colocaban clavos delante de mis llantas de manera que al salir se ensartaran. ¡Hasta me escondieron el carro en una puerta del carro encontré en mi asiento una pequeña serpiente... muerta afortunadamente. Todos estaban atentos a observar mis reacciones y consciente de esto nunca perdí la calma y arreglaba la situación sin hacer ningún comentario. Sin embargo, aunque pudieron hacerlo, nunca realizaron algo que fuera verdaderamente serio e irreparable. Igualmente jamás me robaron algo a pesar de su habilidad y mi constante descuido. Muchas veces sacaron objetos de mi bolsa sin que sintiera, para devolvérmelos después como para demostrarme de lo que eran capaces.

Su interés por el coro era cada vez mayor al grado de que me costaba hacerles entender que el ensayo había concluido, pues siempre querían seguir. Muchas veces se quedaron sin cenar o sin un partido de futbol por asistir al ensayo.

Había un muchacho con una excelente voz de contralto (tenía unos trece años, me imagino) y con una tristeza profunda en la mirada. Cantaba como solista una bella canción de corte vaquero que más o menos dice:

"Yo quiero un hogar en el campo feliz
donde el río retoce veloz
donde se oiga el trinar
que los pájaros dan
y el cielo sin nubes este".

Al cantarla parecía que se iba de nosotros, que estaba solo; se metía en el texto y acariciaba la melodía. Cada vez que la cantaba se producía un absoluto silencio; nadie, ni los más insensibles y rebeldes se atrevían a interrumpir o mofarse, como era corriente. Parecía como si todos respetaran y se identificaran profundamente con aquella canción y aquel muchacho en ese momento adquiriera para ellos dimensiones enormes y sagradas. Lassie le apodaban probablemente por el color de su pelo, o quien sabe por qué pero la verdad es que el apodo le venía como anillo al dedo.

Cuando el coro alcanzó un nivel adecuado, conseguimos algunas actuaciones en diversas partes de la capital (sobre todo

centros estudiantiles) y siempre su disciplina y actuación fue tan depurada y espontánea como la de cualquier otro grupo en mejores circunstancias. Recuerdo que nuestra primera visita fue a la sede del coro universitario durante uno de sus ensayos regulares, para que al escuchar un coro formal y con experiencia les estimulara en su esfuerzo. En verdad creció su entusiasmo y admiración por la música. Ellos también actuaron ante la insistencia de los universitarios, y aunque con mucho temor y nerviosismo, lo hicieron bastante bien.

Como se trataba de una ocasión especial, les repartieron zapatos a todos y uno de los chicos que probablemente nunca había usado un par en su vida se notaba realmente martirizado. De pronto, para mi sorpresa, se sentó y con toda tranquilidad se desató las correas y se liberó del martirio. Ya descalzó se incorporó nuevamente y siguió cantando como si nada hubiera pasado.

La mayoría de muchachos recluidos provenía de hogares desintegrados y de condición económica paupérrima. Sin embargo, en varias ocasiones descubrimos al investigar, que un niño pertenecía a una familia de condición económica más o menos desahogada e inclusive con una buena integración aparente. De condición económica alta definitivamente nunca vimos uno, con lo cual no tratamos ni remotamente suponer que en ésta no se dé la delincuencia, sino que por las facilidades de su posición nunca tienen que llegar a un centro de "reeducación" como el que tratamos en este trabajo. En cuanto a la raza, casi todos ladinos (por lo menos por lo que sus apellidos nos dejaban suponer) y uno que otro indígena.

Algo muy interesante radica en el hecho de que aunque una buena proporción eran capitalinos, otro número considerable había llegado a la capital emigrando de diferentes puntos de la república y aún de El Salvador, teniendo a su familia en sus lugares de origen. Esto nos hizo imposible en muchas ocasiones localizar a sus parientes y como era de esperarse, nunca recibían visitas. Es muy probable también que muchos nos mintieran en esto para impedirnos toda comunicación con sus parientes. Lo cierto del caso es que menos de la cuarta parte recibe visitas regulares.

En cuanto a delitos, de lo más variado: Generalmente los más pequeños habían llegado por vagos, rateros, inasistencia a la escuela y cosas parecidas. Los mayores: violaciones, hurtos, y hasta asesinatos. Por cierto que no había la menor separación ni por edades ni por gravedad de delito. Relataré a continuación

algunos casos que considero interesantes para lo que nos ocupa.

IV – VIDAS DE ARTISTA

L. F. era un muchacho de más o menos 16 años; que se distinguía de sus compañeros por su seriedad y relativo cuidado personal. Poseía una habilidad musical por encima de lo común. Tocaba el piano, el acordeón; era el mejor elemento de la marimba del Centro. Tenía una buena voz de barítono, que usaba bastante bien.

Un muchacho joven que llegó a ayudarnos en algunas oportunidades con la música, se hizo su amigo y en una ocasión lo invitó a pasar unos días en su casa. Aparentemente, no tenía familia; y si la tenía, no quería nada con ella y viceversa pues nunca lo visitaba alguien.

Se fue con el joven a su casa y pronto se ganó el cariño y la simpatía de su familia. Permaneció algunos días con ellos y luego volvió al centro. Algun tiempo después debido a su edad y a su buen comportamiento, lo trasladaron a la capital para vivir temporal. Conseguimos entonces la colaboración de un colegio con una beca de estudio y lleno de entusiasmo principio en esta nueva vida. Periódicamente visitaba la casa donde había pasado las vacaciones ya referidas y más ocasionalmente, la mía. Todo parecía indicar que el intento sería exitoso. De pronto empezó a faltar al colegio interponiendo siempre una serie de excusas sin mucho valor. En la casa de su protector le ayudaban lavándole la ropa, y cada vez que tenía oportunidad, les robaba alguna prenda. Tenía el descaro de llevarles, la ropa que días antes les había robado. En varias ocasiones llegó a visitarles, llevando puesta alguna prenda de las que les había hurtado. Un día que yo no me encontraba en casa, vino a buscarme y la sirviente le dejó entrar confiadamente. Se llevó una rasuradora eléctrica del cuarto de baño y se fue. Al ir a buscarlo a San Pedrito me informaron que ese mismo día se había fugado. A los pocos días lo encontré en la calle, y como no me vio aproximarme, no tuvo la oportunidad de salir huyendo. Después de conversar un rato mientras caminábamos, me confesó dónde la había vendido, mostró lo que parecía un sincero arrepentimiento y accedió

voluntariamente regresar a San Pedrito. Al poco tiempo volvió a tener dificultades en el centro y se fugó, pero antes de hacerlo sacó todo lo que pudo de la lavandería y luego se dirigió al comedor para orinar y defecarse en las mesas.

Algun tiempo después supimos que estaba cantando con un trío popular. Actualmente se encuentra guardando prisión en el Centro de Pavón.

Indudablemente, se trataba de una personalidad sociopática, con gran facilidad para despertar simpatía, seductor, desleal y cínico. Asociadamente presentaba demostraciones histrionicas frecuentes, actitudes egocéntricas, dramatización y exhibiciones y despliegues de actuación teatral dirigidas a volverse el centro de la atención o bien, para evitar con el engaño, que los otros descubriesen en forma vergonzosa, los verdaderos motivos de su personalidad.

* * * * *

A., era un muchacho salvadoreño, de más o menos la misma edad que el anterior, corpulento, es decir, robusto, pero de corta estatura; una expresión sumamente tensa y unos lentes tan gruesos, que le deformaban los ojos. Era conocido entre sus compañeros por irritable en grado sumo, malhumorado y verdadera fiera para pelear. Era un fumador empedernido —aunque en forma más o menos clandestina— y siempre se le sentía un fuerte olor a tabaco. Bebía con alguna frecuencia también. Cuentan los niños que cuando no conseguía fuego para encender su cigarro, usaba sus lentes para concentrar los rayos solares, hasta lograr encenderlo. Un día se convirtió a la fe cristiana evangélica, y la abrazó con tal fuerza y seriedad, que abandonó sus hábitos tan arraigados, su lenguaje procáz, su mal carácter y se tornó terriblemente exigente y puritano con su conducta y con la de sus compañeros. Constantemente les predicaba, les reprendía y les exigía cambiar de proceder. Como generalmente no lo lograba, se contrariaba y se deprimía. Casi siempre estaba cantando himnos religiosos y su plática de elección era acerca de sus experiencias cristianas. En poco tiempo se ganó la antipatía de los demás, y el mote de "el hermano". Lo enojaban hasta desesperarlo, y debido a las normas que ahora deseaba cumplir, era incapaz de desahogarse como antes. Sin embargo, —al menos en su relación con nosotros— parecía más tranquilo y equilibrado que anteriormente.

13

De pronto —al cabo de algunos meses— principió a notarlo abatido, amargado. Como esto duró varias semanas, me decidí a preguntarle qué le pasaba. Estaba decepcionado de sí mismo, pues había incurrido en lo que él consideraba graves faltas contra Dios y se sentía culpable de traición y deslealtad. Por otra parte, la constante presión y burla de sus compañeros, le había hecho tal mella, que estaba decidido a volver a su antigua situación y conducta "por lo menos, mientras estuviera en ese lugar". Parcialmente, le asistía razón, pero creo que fundamentalmente, su argumento era una forma solapada de solicitarnos lo sacáramos del centro.

Su padre había sido un alcohólico crónico y les había dado un trato cruel a él, su pequeña hermana y su madre. En una ocasión, él había visto a su padre abusar de su hermanita. Aparentemente, el padre había sido encarcelado y la madre había muerto algún tiempo después. El muchacho se había trasladado a Guatemala, y desde entonces, no había vuelto a su tierra ni sabía de sus familiares.

Conseguimos su egreso de la institución y se encuentra trabajando desde hace más o menos un año, con algunos altibajos en su conducta. Trabaja como empleado de mantenimiento en un internado evangélico. En pláticas personales con algunos alumnos de ese centro educativo, así como con algunos empleados administrativos, hemos averiguado que se destaca por ser un trabajador dedicado y responsable. Se le conoce como "un buen cristiano" y dirige las devociones diarias del resto del personal doméstico interno. Sus mayores problemas los ha tenido a consecuencia de encuentros futbolísticos durante los cuales se muestra tremadamente agresivo. Parece que el peso de sus antecedentes le causa algunas molestias y en una ocasión se vio envuelto como sospechoso de un robo a la lavandería del internado, pero no le pudieron demostrar nada y él negó frenéticamente toda participación. Frecuentemente entra en períodos de profunda depresión y se enfrasca en la meditación y solución de problemas teológicos.

Esta es prácticamente la descripción clásica de una personalidad esquizoide y aunque casi nunca se puede establecer el límite entre una variante de la personalidad y el principio de una psicosis, creo ver en este caso un estado pre-psicótico tipo esquizofrénico. Presentaba rasgos muy característicos como su aislamiento, tendencia a la depresión, lucubraciones metafísicas y religiosas, normas de vida rígida e intolerancia a la conducta de los demás. En etapas iniciales y bajo una observación superficial, el esquizofrénico puede aparecer como un sociópata y muy

16

frecuentemente son recluidos en centros de reeducación o en prisión en el caso de los mayores.

* * * * *

J. L., es un muchacho de quince años de edad, bastante inteligente e introvertido. Nunca le he visto abatido por la tristeza, ni tampoco con exaltada alegría. Siempre se le encuentra con una discreta sonrisa, tranquilo, desprovisto de toda aparente ansiedad, a diferencia de sus compañeros. Ellos lo respetan y lo consideran en cierto sentido, superior. Cuando se trata de un cargo importante que requiere seriedad y responsabilidad, no vacilan en elegirlo. Posee una gran afición y habilidad para la música; y gracias a su constancia por más de un año, ejecuta la flauta con bastante dominio.

Vive en el Centro desde hace muchos años y no posee familiares cercanos, excepto una hermana de la cual apenas se recuerda, pues dejó de verla muy chico.

Nunca se ha fugado, ni tiene la menor intención de hacerlo. Dice que quiere terminar su primaria en el Centro y luego desearía dedicarse a la música.

La rapidez y firmeza con que fija los conceptos musicales, denota bastante inteligencia, sin embargo, cuando se le ha pedido que lo explique a sus compañeros o a mí, es completamente incapaz de hacerlo.

Durante el tiempo de ensayo, es obvio que rehuye la conversación y se le ve mucho más cómodo cuando está con la flauta en la boca, como si ésta le proporcionara una buena razón para no hablar.

No conozco mucho de su infancia, pero llegó muy pequeño a La Ciudad de los Niños. Hace algunos años una Trabajadora Social se interesó en localizar a su familia, y con lo que él recordaba, encontraron su casa. La madre había muerto hacía algún tiempo, y aparte de la hermana ya mencionada, no conocían de otros familiares.

Evidentemente, tenía una personalidad esquizoide del tipo sensible, con una gran facilidad para las expresiones artísticas, pero con problemas para la relación interpersonal.

S. J., era un muchacho como de once años cuando le conocimos. Estábamos ensayando con el coro cuando se asomó a la puerta del aula. Nunca le había visto antes en el centro. Uno de los niños me dijo: "es un nuevo; dice que sabe cantar y que le gustaría entrar al coro". Al terminar el ensayo, aún estaba allí. Lo llamé y con mucha decisión y desenvoltura se acercó, extendiéndome la mano. Se miraba más extrovertido que lo que estábamos acostumbrados a ver entre ellos y tenía la voz más grave de lo que correspondía a su edad aparente. Tenía un fuerte olor a orina. Le pregunté si era cierto que sabía cantar y me contestó: "un poco". ¿Te gustaría entrar al coro? , le dije, a lo que respondió afirmativamente. En ese mismo momento le hice una pequeña prueba para apreciar su capacidad musical. Le pedí que cantara lo que quisiera y escogió una canción ranchera. Desprovisto de toda inhibición cantaba con toda clase de efectos vocales y mímicos, como lo hacen los cancioneros románticos. Cuando le dije que me parecía bien y que lo aceptaba, se mostró hondamente satisfecho. Más o menos cuatro semanas después, al llegar un sábado, me contaron que S. J., se había fugado. Lo habían acusado de robo de un instrumento de labranza y ese mismo día, se había evadido. Cuatro semanas después, estaba de regreso; fue entonces cuando me contó su aventura. Tenía una hermana más grande que él (como de quince años) y se encontraba sola en algún lugar de la capital cuando él llegó por primera vez a la Ciudad de los Niños. Se habían fugado juntos de la casa de su abuela y vivieron por algún tiempo vagando. El muchacho lustraba en el parque infantil durante el día; mientras ella, lo acompañaba; por las noches dormían en mesones o en los pórticos de las casas. Ella se disfrazaba de hombre para protegerse del riesgo que significaba dormir en la calle, según S. J. contaba. Cuando lo prendieron a él —por vagancia aparentemente— ella quedó sola. Eso lo tenía muy preocupado y por esta razón, decidió fugarse. Esa era su versión. Como era la primera vez que estaba en San José Pinula, no conocía los caminos y extravíos que usaban los ya experimentados en fugarse por lo que escogió erróneamente el camino que va para Palencia. Lo acompañaba su hermano —un poco mayor que él— que también estaba en el centro de reeducación. Entraron a la capital ya de noche por la carretera del Atlántico. En el parque infantil se reunieron con su hermana y vivieron en las mismas condiciones anteriores, por algunas semanas. Un día, en compañía de un muchacho más grande, alquilaron unas bicicletas y partieron rumbo a Escuintla. Al llegar a la garita de policía de aquella ciudad, los detuvieron y estuvieron en la demarcación por algún tiempo, trasladándolos luego a San José Pinula. A la muchacha la enviaron a un centro de niñas.

La madre manejaba varios prostíbulos y al padre, no lo conocían. Habían vivido depositados en diferentes casas de amistades de su madre, en la capital y en el interior de la república, variando su estancia en cada una de ellas, de unos cuantos meses, hasta varios años. Su vida escolar había sido constantemente interrumpida por sus súbitos cambios de residencia. Especialmente S. J. y su hermana, había sufrido el desprecio y abandono de su madre y en los últimos dos años se habían fugado de su casa con frecuencia. Por temporadas habían vivido también en casa de la abuela materna de donde igualmente se habían fugado. En la última oportunidad, habían abandonado la casa de la abuela porque en su ausencia, quebraron unas masetas durante una pelea. Sin detallar demasiado, S. J. se refería durante el relato de su vida a los diversos amoríos de su madre, de los cuales eran testigos en las cortas temporadas que pasaban con ella.

S. J. era duro, no parecía conmoverse con nada. Los infortunios de su vida los relataba sin apparentar la más mínima tristeza y —a diferencia de su hermano mayor— no parecía preocuparle mucho su situación presente y lo que podría esperarle. Sin embargo, su conducta en el centro, y sobre todo en el coro, podía calificarse de buena. Un día me dio la dirección de la casa de su abuela y me pidió que la fuera a visitar. La señora vivía en una zona importante de la ciudad, en una casa de apartamentos de mediana condición. El interior estaba bien amueblado, con teléfono, televisión, etc. la abuela —una mujer como de cincuenta años, bien vestida y con mediana cultura— era vendedora ambulante de una importante casa de artículos para el hogar, vivían con ella dos hijos suyos que ya trabajaban y una pequeña niña (hermana de S. J.) que estudiaba en un colegio privado. La señora —con muy buena conversación— hablaba libremente de la "mala conducta" de su hija (es decir de la madre de S.). "Ella no se puede llamar madre", decía severamente. Le explicamos que teníamos la intención de ayudar a sus nietos pero queríamos saber si por lo menos podrían vivir con ella. Nos dijo definitivamente que estaba decepcionada de ellos, que no podía tenerlos por razones económicas. Además, no quería que le arruinaran a su otra nietecita que tanto le estaba costando educar.

Obviamente, la abuela no tenía ninguna intención de resolver el problema de sus nietos; ya que mientras habían permanecido en la calle, jamás había realizado la más mínima gestión para localizarlos; y al estar recluidos en el centro de reeducación, nunca los había visitado. Culpaba constantemente a la madre (su hija) y a los mismos muchachos, y ella se defendía

detrás de una terrible situación económica (que realmente no existía) y de su temor de "contaminación" a su pequeña nieta. Por fin, aceptó recibirlos algunos fines de semana; si los podíamos colocar internos en un centro educativo.

Se consiguió una beca para que estudiara interno en un centro escolar de la ciudad capital y egresó de la Ciudad de los Niños, bajo nuestra custodia. El muchacho estaba feliz y la idea de ir a un internado no le desagradaba como habíamos pensado. Empezó a desenvolverse bastante bien, tanto en sus relaciones con los otros muchachos, como en sus estudios. Tenía once años y estaba en segundo grado de primaria.

Algo que lo afligía era la enuresis nocturna de que padecía, pues casi todas las noches mojaba completamente su cama y aparte de que temía ser descubierto por sus compañeros, únicamente podía entregar ropa a la lavandería una vez por semana. Le hablé en una forma sencilla de la naturaleza de su problema y traté de infundirle confianza en que tenía la capacidad de superarlo. Por otro lado, lo ayudamos con anticolinérgicos y ejercicios miccionales. Al cabo de una semana, había superado la enuresis.

Algunos fines de semana salía con nosotros y otros a casa de su abuela. Después supimos que en los días que se iba con ella, la mayor parte del tiempo, la pasaba en casa de su madre, que vivía a poca distancia.

S. conocía perfectamente la condición de su madre y reconocía el poco interés que siempre había mostrado por él, sin embargo, la buscaba ansiosamente y en sus pláticas acerca de ella, se constituía veladamente en su defensor.

Casi siempre que la visitó, tuvo una experiencia desagradable. En una ocasión, vio cuando le propinó tremenda paliza a su doméstica, previo a correrla de la casa; en otra, fue testigo de un escándalo que organizaron unos "amigos" que habían llegado a beber con su madre, y otras cosas similares.

En una ocasión que estuvo de visita en casa de un miembro de nuestro grupo, hurtó cinco quetzales. Al día siguiente, fuimos a hablar con él al internado. Se mostró agresivo y sumamente ofendido por la acusación, negándola rotundamente. Un día después se fugó del colegio.

Estuvo vagabundeando más o menos tres semanas y entonces se comunicó telefónicamente conmigo para decirme

que quería verme. Se encontraba en un hogar para niñas, donde estaba viviendo su hermana. Aparentemente, ella lo había encontrado en la calle y lo había llevado al hogar. Cuando yo le hablé, estaba muy avergonzado. Entre lágrimas y muestras de arrepentimiento formuló una serie de promesas de buen comportamiento. Así volvió nuevamente al colegio y por algún tiempo no hubo ningún problema.

En los días siguientes, yo tuve que salir por unos meses al interior de la república, durante los cuales perdí mucho contacto con el muchacho. Los fines de semana se iba a casa de su abuela, pero el mayor tiempo, lo pasaba en casa de su madre o en la calle. En varias ocasiones no regresó al internado, sino dos o tres días después del domingo.

Los fondos de la pequeña tienda que funcionaba en el colegio, habían estado sufriendo menguas, por lo que sospechando que alguien entraba de noche a robar, pusieron vigilancia. S. J., fue descubierto cuando salía de la tienda en compañía de otros muchachos. Al día siguiente, se fugó por segunda vez. En esta oportunidad ya no lo buscamos.

Luego de ésto, lo vovlimos a ver porque tuvo varios ingresos más a La Ciudad de los Niños, con sus respectivas fugas; y actualmente vive, desde hace algún tiempo, en la calle, vendiendo periódicos, ilustrando zapatos... y robando, según nos han referido algunas de las personas que rondan por los parques que él frecuenta.

Las características de la personalidad sociopática resaltan constantemente en el relato de este caso. Desde la fisonomía del ambiente familiar con una madre francamente psicópata y la ausencia y desconocimiento de la figura paterna, hasta el fatal derrotero que parece está tomando la vida del niño, después de múltiples intentos de rehabilitación.

Se trata de un típico "disocial", simpático, agradable, locuaz, desleal, mentiroso, ladrón y con una marcada superficialidad afectiva. Habitualmente parecen muy tranquilos, inocuos y ecuánimes pero en cuanto se les acorrala, se tornan agresivos (como en la ocasión en que se le acusó de robo) o teatral (como cuando lloraba, pedía perdón y juraba arrepentimiento y cambio de conducta).

V – CONVIVENCIA EDUCACIONAL

El lugar donde se encuentra ubicada La Ciudad de los Niños es singularmente bello, incrustado entre colinas y bosques donde alternan los pinos y cipreses. El clima es templado y el aire deliciosamente fresco. Subir a las colinas es contemplar un panorama irresistible de imponentes montañas y colinas cuajadas de variadísimos tonos de verde y amarillo.

Antes de llegar se ve el pueblo de San José Pinula (a 18 Kms. de la capital) al fondo de un pequeño valle, entre los escasos claros que permite una frondosa arboleda. Después de atravesar el pintoresco pueblecito, se toma un extravío que se introduce rápidamente en los bosques y barrancos de La Ciudad de los Niños.

Pronto empiezan a formar parte del paisaje muchachos sucios, rotos y descalzos, que no parecen participar de las bondades de aquella singular naturaleza.

Los edificios y esbozos de pequeños jardines, muestran que la idea original de la institución debe haber sido bastante buena. Algo muy interesante es que no existe ninguna muralla ni cerca que guarde los límites del Centro.

Los dormitorios son largos cuartos con filas de camas a los lados de la pared. No existen muebles, adornos o alguna clase de objetos que pudieran darle la menor apariencia de una habitación acogedora. Las camas están provistas únicamente de un colchón desnudo y sucio. Todo el largo de la pared, que da hacia un bosque, está llena de ventanas sin vidrios por donde entra —según ellos relatan— frío intenso en la madrugada.

El comedor, como ya se describió al principio de este trabajo, está equipado con largas mesas y bancas sumamente rústicas. La escuela es una adecuada construcción tipo campestre pero en condiciones verdaderamente lamentables. Las aulas son amplias, dotadas de verdaderos restos de pupitres. Las ventanas cubiertas con cedazo, tienen reglas de madera clavadas en todas direcciones como cuando se clausura una casa. La razón de esto —según me explicaron— es que los niños se entran a las aulas rompiendo el cedazo en horas que no son de clase. El salón de actos es el mismo zaguán de la escuela, al fondo del cual se encuentra lo que debe haber sido un buen escenario, y un piano increíblemente maltratado y desafinado. A un lado de la escuela

hay una pequeña construcción de madera que la llaman Salón de Juegos en cuyo interior no hay más que dos mesas de Ping-Pong sin rayado ni net. Tampoco cuentan con raquetas y pelotas.

Siempre cerca de la escuela hay una cancha de baloncesto (de tierra) que no utilizan pues no tienen pelota y un campo de futbol en condiciones aceptables probablemente porque es el único deporte que practican. Por último diremos que hay tres talleres amplios que los aprovecha un ridículo porcentaje de la población pues no cuentan con equipo que puede ser utilizado, una rosaleda medianamente dotada y una porqueriza.

Para unas vacaciones decidimos realizar un campamento de una semana en el centro, con toda clase de actividades. Por no tener otro lugar y tratando de identificarnos más con ellos, dispusimos dormir en sus dormitorios con una mezcla de temor, desagrado y desconfianza. Como no había camas extras, nos disponíamos a dormir en el suelo, sobre "ponchos" y algunos "sleeping-bag", pero muchos de ellos reaccionaron inmediatamente ofreciéndonos sus camas para irse ellos al suelo o con otro compañero.

Realmente era difícil aceptar aquellos colchones ya descritos anteriormente y que ahora nos ofrecían con tanta espontaneidad.

Uno de los colchones era un verdadero nido de gusanos que caminaban libremente entre aquella tela y paja, impregnadas de orina. El colchón pertenecía a un niño como de diez años, rebelde y sucio como el que más. Padecía, como tantos otros, de enuresis nocturna, y aunque prácticamente se bañaba en orina, esto no interrumpía en lo más mínimo su profundo sueño. Contaban sus compañeros que los gusanos trepaban por su cuerpo al estar dormido, como sobre el tronco más insensible del bosque.

Le hicimos ver al director lo inaceptable de esa situación, y ese mismo día le cambiaron el colchón. La mayoría de nosotros, como era de esperarse, no dormía casi nada y muchas veces fuimos testigos de cómo alguno se levantaba sigilosamente de su cama y se introducía en la de otro. Luego se escuchaba un cuchicheo y lo que sugería un idilio amoroso. En una ocasión un miembro de nuestro grupo sorprendió a dos muchachos en actos homosexuales. Uno de ellos era un chico y el otro un muchacho mayor, que fungía como vigilante del centro.

En otra oportunidad, paseando por un campo de naranjales, detrás de la escuela, encontramos a dos niños de más o menos

once o doce años besándose y acariciándose.

Los días sábados, después del almuerzo, les encendían la televisión en el comedor y acondicionaban las bancas como un teatro.

Al observarlos con atención, solamente por un instante, podíamos contemplar la magnitud del problema sexual en estos muchachos; casi todos hacían parejas, uno acostado en las piernas de su compañero, mientras éste lo acariciaba; otros trenzados en un abrazo, y cosas similares.

Entre ellos se hablaba de parejas ya reconocidas como tales y de la seducción y conquista de niños nuevos. Los pocos que pretendían salvarse de esa situación, tenían que decidirse a los grandes dormitorios, creaba una situación sumamente propicia. No duerme con ellos ninguna autoridad y únicamente hay un vigilante nocturno para todo el centro, que en ocasiones tarda horas en pasar por cada uno de los tres dormitorios. Por otra parte, a pesar de que obviamente los maestros están enterados plenamente de esa situación, no hacen prácticamente nada por combatirlo. No sé si es por la comodidad de ignorar la situación, o porque no saben cómo afrontarla. Lo cierto es que llama la atención la casi generalización del problema en los muchachos delincuentes y la facilidad con que la mayoría acepta la situación (incluso los mismos reeducadores con su actitud pasivo-permisiva).

Aparte de estos casos específicos, frecuentemente presenciábamos luchas cuerpo a cuerpo y juegos similares que por momentos adquirían características de juegos sexuales.

Un niño nos contó que muchos de los muchachos grandes, acostumbraban llevarse a los más chicos a lugares apartados, donde los usaban para actos sexuales, amenazándolos con golpearlos si se resistían o se quejaban con las autoridades. Otros chicos practicaban el homosexualismo venal, a cambio de dinero y más comúnmente, de protección.

Algo que era realmente proverbial, era su férrea resistencia al baño. Mientras estuvimos conviviendo con ellos, quisimos implantar la costumbre del baño diario, pero era casi imposible, con raras excepciones. Se escondían, se negaban y algunos, solamente se mojaban la cabeza para dar la impresión de haberse bañado.

Su aspecto era, pues, bastante deprimente. Su ropa casi siempre harapienta y sucia ya que los mudaban cada 2 semanas y a veces más. Casi todos andaban descalzos. Los pocos niños que tenían zapatos, se veían obligados a dormir con ellos, pues de otra manera, corrían el riesgo de ya no encontrarlos al despertar. Otros, con tal de dormir un poco más cómodos, los metían bajo el colchón pero muchas veces así los perdían, pues los sustraían por debajo de la cama sin que lo sintieran sus dueños. Muchos de ellos tenían un sueño tan profundo, que podían aún registrarlos, sin que despertaran.

Las golpizas de los más grandes a los chicos eran también cosa frecuente; los intentos de fugas, y otras. El castigo más comúnmente aplicado, consistía en quitarles la ropa y meterlos a la cama durante varios días, inclusive. En otras ocasiones, los privaban de privilegios como excursiones, paseos al pueblo, televisión, etc.

La hora de comida era todo un espectáculo. Decenas de muchachos "devorando sus alimentos". No usaban cubiertos sino se llevaban los alimentos a la boca con pedazos de tortilla, a manera de cuchara, o con los propios dedos, en una de maniobras y gestos que más que una comida, parecía una lucha encarnizada. Muchos repetían varias veces frijoles y arroz, que aunque era casi lo único, lo había en abundancia. No sé como soportaban tal carga de alimentos. Había un niño que comía tanto, que muchas veces terminaba vomitando para volver a comer al siguiente tiempo.

Un día encontramos a un muchacho tirado en el monte, completamente borracho. Estaba inconsciente, respondía solo débilmente a estímulos dolorosos y despedía un fuerte olor a gasolina. Luego supimos que algunos acostumbraban embriagarse aspirando gasolina por largo tiempo. Para el efecto, destapaban los tanques de gasolina de los carros que llegaban al centro e introducían trapos que luego salían empapados del combustible.

Esto no es algo que sorprende, pues es sabido que la mayor parte de adictos a narcóticos, son individuos con personalidad sociopática, aunque también los neuróticos y psicóticos están predisuestos a hacerlo. El sociópata busca en el narcótico el alivio inmediato a la tensión que le producen sus inadaptaciones, las cuales lo hacen sufrir. Como ya mencionamos antes, ellos buscan el placer y la satisfacción inmediata, aunque sea pasajera. Los muchachos de La Ciudad de los Niños, usan la gasolina porque les es más fácil conseguirla, que el alcohol o la

marihuana.

Había un chico pendenciero y respondió, que tenía un manjo de pequeñas serpientes vivas, que él mismo buscaba y colecciónaba. Siempre las cargaba en la mano o en la bolsa del pantalón. Les tenía verdadero cariño, las contemplaba y les brindaba la atención digna de las más simpáticas mascotas. Era una verdadera fiera defendiéndolas y le molestaba profundamente que mostraron asco y repulsión por ellas.

Al verlo tratar y contemplar a sus serpientes con tanta dulzura y cuidados, parecía completamente distinto del que se mostraba en relación con sus maestros, sus compañeros y con nosotros mismos.

A pesar de todos los incidentes y obstáculos que hubo que salvar, el campamento resultó exitoso. Habían colaborado y participado en cuanta actividad se había organizado y cuando hubo de clausurarse, pesaba una honda tristeza sobre todos. También sobre nosotros.

VI – TAQUILLA Y PASCUA FLORIDA

Cuando consideré que estaban listos, conseguí algunas actuaciones para el coro en distintos centros escolares de la capital así como en algunas iglesias evangélicas. ¡Les encantaba salir a actuar! El día de la actuación, llegaba por ellos a una hora acordada y siempre los encontraba ya listos, bañados, peinados y con ropa limpia. En todo el camino no paraban de cantar. Gritaban, bromeaban... y vuelta a cantar.

Después de la actuación nos íbamos a algún lugar para aprovechar el día libre. Se comportaban de maravilla. Nunca —que yo recuerde— alguien intentó fugarse. Su disciplina como coro era magnífica y su actuación, bastante buena aunque cantaban mejor en ensayos, generalmente.

Al acercarse la navidad del año 1968, empezamos a preparar un programa especial para un concierto de gala animados por los progresos en los últimos meses. Fue entonces cuando logramos la mejor audición y experiencia más grande.

Nos proponíamos presentar a nuestro coro, que ya entonces se llamaba "Cantores del Bosque", junto con tres conjuntos corales de los más connotados del país. El propósito, fuera del puramente artístico, era reunir fondos para la celebración navideña de los niños del centro. Ellos tomaron la idea muy en serio y ensayaban con verdadero empeño, pensando que lo hacían para beneficio del resto de sus compañeros.

Esos días fueron de gran trabajo. Ensayábamos hasta dos horas seguidas y no parecían cansarse.

Los últimos días llegué hasta cuatro veces en la semana.

Mandamos a confeccionar togas, pues los otros coros cantarían elegantemente vestidos y esto les subió más su entusiasmo.

Pocos días antes de la actuación, recibí la mala noticia que uno de los chicos se había fugado. Se trataba de F., que era un muchachito callado, bastante dócil y obediente. Recuerdo que lo conocí a causa de una tremenda micosis que tenía en el cuello.

Se veía que el niño sufría física y moralmente por su afección. Lo puse bajo tratamiento y al cabo de algunas semanas, había curado completamente. Entonces fue cuando me dijo que quería entrar al coro.

Cantaba bastante bien y nunca había cometido una sola falta de asistencia o de disciplina en nuestro grupo. Ahora me contaban que se había fugado hacía pocos días en compañía de su hermano que no era del coro y algo mayor que él. Me costaba pensar que se hubiera ido a escasos días de la esperada actuación. Era uno de los que más ilusión tenían.

Aparentemente no había tenido ningún problema con sus compañeros ni con las autoridades, lo cual, en ocasiones, era la causa de las fugas. Pero no había aparentemente nada de eso; se había fugado sin que hubiera una razón lógica y cuando menos lo hubiera imaginado.

El concierto fue en el Salón de Actos de la Escuela de Medicina y por el prestigio de los coros invitados, tuvimos un lleno completo, habiendo reunido una buena suma de dinero. Los muchachos actuaron bastante bien; y en esa ocasión, la presencia de tanta gente, lejos de intimidarlos, los estimuló. Cosecharon fuertes aplausos y dejaron muy buena impresión.

En los días siguientes, ofrecimos varias audiciones más, que fueron bastante buenas también. En ninguna de estas ocasiones alguien intentó fugarse, aunque les hubiera sido relativamente fácil.

Algunos —los de mejor comportamiento— obtuvieron permiso para ir a su casa en los días navideños y llegaban por sus propios medios a los ensayos y a las actuaciones.

Vivieron su papel con tal seriedad y responsabilidad, que llegué a olvidar por completo que se trataba de muchachos transgresores. Creo definitivamente que el sentirse partícipes de algo creativo e importante, no sólo para sí mismos, sino aún para los demás, fue un poder verdaderamente transformador en sus vidas.

La sugestiva y relajante influencia de la música, la comprensión y cariño encontrados, y sobre todo el sentirse capaces de llevar a cabo algo verdaderamente importante, constituyó una triada terapéutica de un poder extraordinario.

Considero que este efecto dinámico que constituyó para ellos el coro, hubiera podido ser más perdurable, de haber encontrado eco en sus compañeros y en las autoridades del centro.

Lo cierto es que la evolución y desarrollo del coro, fue una formidable experiencia que se recordará por mucho tiempo en el Centro de Reeducación de Varones, como algo que —mientras duró— y en muchos quizás para toda la vida, constituyó el despertar a un mundo de vivencias positivas en el cual valía la pena vivir. Les dio un nuevo y verdadero valor a lo que les rodeaba y que hasta entonces no había interesado su sensibilidad; les desarrolló un desconocido sentido de compañerismo y amistad; les permitió hacer una mejor valorización de sí mismos, lo cual se reflejaba en su mayor preocupación por su higiene, su arreglo personal, su lenguaje, etc.

Había una clara diferencia entre los muchachos del coro y los que no lo eran, perceptible aún para el extraño. No es coincidencia, pues, que la mayoría de egresos que después de estos días se dieron, fueran a muchachos del coro.

Parece paradójico, pero a partir de aquél gran éxito, tanto desde el punto de vista musical, como en el aspecto emocional

de los muchachos, principio una clara mengua en el desarrollo del grupo; que terminó al final, con la disolución del coro.

Hay que señalar un hecho importante: debido a los días navideños, muchos de los miembros del coro obtuvieron permiso para ir a sus casas; y como era de esperarse, algunos de ellos ya no regresaron. Otros, al iniciarse un nuevo año escolar, fueron enviados al Centro de Observación en la capital para estudiar. De esta manera perdimos varios y valiosos elementos, no sólo como cantores, sino como entusiastas y líderes del coro.

Sin embargo, otros se quedaron en el centro, pero su interés fue disminuyendo paulatinamente.

Un factor importante es que tuve que reclutar mucho elemento nuevo y ésto, lógicamente, le restó calidad al grupo por la inexperiencia y la indisciplina de los novatos.

Por otra parte, la sólida afinidad de grupo que se había estructurado, sufrió un importante desquebrajamiento.

Al iniciarse el nuevo ciclo de estudios universitarios y aumentar mis responsabilidades hospitalarias, ya no me fue posible continuar asistiendo tan frecuentemente como antes, reduciéndose los ensayos a los días sábados, y ésto, cuando no tenía turno en el Hospital.

Pasaba mucho tiempo antes de aprender completamente una canción y como consecuencia, casi no podíamos salir a actuar. Muchas veces al llegar a ensayar quince días después de la reunión anterior, ya se había olvidado gran parte de lo que habíamos aprendido, ya que durante todo ese tiempo, no había quién se los recordara.

Todos estos factores hicieron mella en el entusiasmo de los muchachos y aún en el mío, a pesar de que hacíamos esfuerzos por no desmayar.

Cada vez llegaban menos al ensayo y en algunas ocasiones, inclusive, no pudimos ensayar por un partido de futbol o alguna otra actividad.

¿Qué fue lo que sucedió en este caso? ¿Fallaría acaso la música en sus facultades ilimitadas sobre el espíritu humano? ¿Perdería de pronto su benéfica influencia en la psique de aquéllos muchachos?

De ninguna manera. No puedo soslayar, ante lo indeseable de la desaparición del coro, la fuerza profundamente transformadora que ejerció en casi todos sus miembros. Este era tan importante en sus vidas que les enseñó a ser responsables, disciplinados y moldeables. Muchachos verdaderamente intratables y perversos llegaron a ser amables, receptivos y colaboradores. Aún la misma expresión de sus caras era distinta. No quiero decir que en un momento todos los complejos mecanismos formados a través de tanto tiempo y experiencias vividas, quizás desde sus primeros años de vida, hubieran desaparecido al "mágico" contacto con la música. No, continuaban teniendo complicadísimos problemas de conducta, pero es indudable que esa nueva y desconocida vivencia con la música, les proporcionó una terapia un tanto enigmática, pero que los capacitó para afrontar su realidad con muchísimo más optimismo y sensación de seguridad. Es decir, los colocaba en una situación infinitamente mejor que las corrientes, para recibir y asimilar los efectos de una cuidadosa labor rehabilitadora. Desafortunadamente, esta última nunca llegó, por lo menos hasta el momento de elaborar este trabajo.

Podríamos comparar nuestra experiencia con el caso de un paciente severamente anémico que necesita ser sometido a una operación. Claro que la transfusión de sangre no le resuelve su problema principal, pero lo coloca en una situación mucho más adecuada para recibir el tratamiento quirúrgico.

Crear y producir acordes y efectos sonoros llenos de color y belleza, era una facultad insospechada para el niño cuya vida no ha tenido mucho de bella.

Esta disparidad entre su vida musical y los demás aspectos de su existencia, dio como resultado una situación conflictiva que desencadenó a su vez una reacción altamente positiva.

Pero para que esto hubiera sido duradero, era necesario el apoyo de todo el personal del centro, que estuvieran tan conscientes como nosotros de la importancia de aquella experiencia; reuniones por lo menos tres veces por semana y un semillero de principiantes que nos diera el recurso de sustituir rápidamente a los que abandonaran el centro, sin que el nivel técnico del grupo sufriera nocivos altibajos.

Como eso no era posible en nuestras precarias condiciones, tratamos de encontrar otro tipo de actividad musical, en la cual no fuera necesaria mi presencia tan frecuentemente; y sin embargo, mantuvieran vivo su interés.

VII – FLAUTAS DULCES

Decidimos entonces formar un grupo de flautas dulces por ser este un instrumento de grandes recursos musicales, de una singular belleza y un aprendizaje relativamente sencillo. Sin embargo, había un obstáculo que parecía difícil de franquear: Era necesario enseñarles la solfa.

Varios trabajos publicados en la literatura mundial, han tratado de demostrar que la capacidad intelectual del transgresor se encuentra por debajo de la media, entre los no transgresores. Asimismo, éste es un criterio bastante generalizado entre educadores y demás personas que trabajan con muchachos de este tipo. Estas consideraciones me hacían dudar del éxito en el aprendizaje de un instrumento. Sin embargo, los resultados fueron tales que me enseñaron lo mucho que los subestimamos.

Hoy en día se sabe que la capacidad intelectual del sociópata, generalmente está a nivel normal, o muchas veces, por encima de lo normal.

Sus limitaciones y deficiencias se encuentran en el plano afectivo; y son de tal magnitud, que frecuentemente los hace aparecer como deficientes mentales.

Principié llevando mi flauta a los ya decadentes ensayos del coro, para familiarizarlos con su sonido y despertar su interés, de manera que cuando el coro ya no pudo seguir funcionando, ya había un buen grupo de aspirantes a flautistas.

El aprendizaje de la solfa despertó gran interés a la mayoría y en poco tiempo, ya conocían los fundamentos esenciales. Siempre había preguntas y dudas qué responder, y era evidente que habían tenido contacto con su instrumento y su texto de enseñanza durante la semana. Sus mismos compañeros y los educadores daban fe de que diariamente se reunían más o menos una hora para estudiar. De tal manera que cuando yo llegaba el fin de semana, generalmente habían aprendido más de lo que les había asignado para estudiar.

En cuanto considerábamos estable a un muchacho, le dejábamos definitivamente su flauta para estudiar.

Claro que no todos los que empezaron se quedaron en el grupo, algunos se fueron por falta de habilidad o por fugas del Centro, pero no pasaba mucho tiempo la flauta, sin otro

aspirante.

Los que perseveraron y ganaron su flauta, no se separaban de ella ni un momento. La llevaban debajo de la camisa y agarrada con la cinta del pantalón. Dormían con ella amarrada, jugaban fútbol y hacían con ella toda clase de actividades, como una inseparable compañera.

Era sumamente pintoresco encontrar a un muchacho solo en el bosque, sacando melodías a su flauta, lo cual, era muy frecuente.

Cuando alguien iba a egresar, le obsequiábamos su flauta en propiedad, pero en varias ocasiones en que alguno se fugó, dejó encargado su instrumento para que me lo devolvieran con palabras de agradecimiento; ésto, en muchachos habituados a robar cuanto tenían oportunidad. Hubo alguien, incluso, que pasó a mi casa a devolver su flauta, antes de partir a su pueblo.

Cada vez que entraba un nuevo miembro, éste tenía que hacer grandes esfuerzos para ponerse al nivel de los demás, pues únicamente teníamos un grupo.

Sin embargo, conforme aumentaba la calidad del grupo, más difícil parecía el aprendizaje para los nuevos. Quienes ya tenían más conocimientos, se encargaban durante la semana de poner el día a los principiantes y aún los conceptos que más me había costado explicar, eran comprendidos con relativa facilidad por los nuevos flautistas cuando se los transmitían sus compañeros.

Así, al cabo de más o menos seis meses, llegamos a tener un buen grupo que interpretaba piezas pequeñas y de sencilla construcción.

Los muchachos estudiaban con verdadera responsabilidad y seriedad; escudriñaban cuidadosamente sus partituras y repetían una y otra vez los pasajes difíciles sin el menor asomo de aburrimiento. Organizaban espontáneamente duos y pequeños grupos; y por su propia iniciativa, transcribían al pentagrama canciones populares, para poder tocarlas después. Indudablemente, esta otra experiencia proporcionaba nuevos e interesantes efectos que no habíamos observado con el coro.

Tuvimos varias actuaciones en el propio Centro, en la ciudad capital, e inclusive, hicimos una pequeña gira con

actuaciones en Retalhuleu y San Felipe Reu. Esto fue un gran éxito, pues fue con nosotros un grupo considerable de alumnos del Centro.

Fue una maravillosa oportunidad en la que flautistas y no flautistas se sintieron identificados y partícipes del mismo éxito.

La forma en que se desenvolvieron durante el viaje, fue muy interesante. Aparte de que su comportamiento en general fue mejor de lo que esperábamos, las relaciones entre ellos mismos tenían un carácter sensiblemente distintas de las observadas en el Centro de Reeducación. Parecían mucho más amistosos, desprovistos de la agresividad que les caracteriza, sobre todo, durante sus juegos.

Hace ya poco más de un año que formamos el grupo de flautas, y casi todos los que lo integraron en un principio, ya no están en el Centro. Algunos se han ido definitivamente a sus hogares, otros viven en hogares sustitutos y otros más, han logrado la oportunidad de recibir adiestramiento para algún oficio, con la reciente creación del Instituto de Protección de Menores.

VIII – CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Las conclusiones que a continuación enumeramos surgen en el seno de una institución eminentemente carcelaria, que presenta y que ostenta todos los síntomas de las instituciones similares. Es posible que nuestras conclusiones sean totalmente utópicas, puesto que las instituciones carcelarias, en todas partes del mundo, son operadas por individuos cuya psicopatología es manifiesta. El sabotaje activo o pasivo a la empresa musical es fomentado, conscientemente o no, por los que administran la institución. En estos la amusia es flagrante y se manifiesta a través de un producirse y manifestarse totalmente disfónico, lo que causa que sus relaciones con los pequeños huéspedes, estén condenadas ineludiblemente al fracaso. A través de estas relaciones, "El Pequeño Delincuente" confirma y justifica su actitud en pugna con la sociedad.

1o. La música es instrumento que facilita y promueve relaciones en general.

- 2o. La música facilita relaciones con niños problemáticos.
- 3o. El niño problemático que participa en creación de la música (ejecución) presenta mejores perspectivas relacionales.
- 4o. Las perspectivas relacionales del niño-músico podrían utilizarse y transformarse en instrumento terapéutico.
- 5o. La amusia relativa es sintomática de relaciones defectuosas.
- 6o. Cuando aparece el interés de "hacer música", se observa aparición o mejoría de relaciones.
- 7o. El "hacer música" puede constituir el único puente relacional verdaderamente positivo.
- 8o. En el habla y en la risa, así como en el lenguaje gestual, existe cadencia y ritmo.
- 9o. La voz desagradable, la risotadas disfónicas y la expresión gestual grotesca, son diagnósticas de defectos en capacidad relacional.
- 10o. La amusia es diagnóstica de enajenación.
- 11o. El niño amúsico debe ser sometido a proceso inteligente de "ablandamiento Musical".
- 12o. La mejoría o la desaparición de la amusia son instrumentos pronósticos.
- 13o. El gusto y sensibilidad por la música, evidente o potencial, es inherente a la personalidad equilibrada.
- 14o. La "música" vulgar y estridente, así como la comunicación hostil y disfónica ha estado casi siempre presente en la infancia del "pequeño delincuente".
- 15o. Debería combatirse la profunda amusia reinante en el ambiente de instituciones como la Ciudad de los Niños.

Existe otra serie de conclusiones que se desprenden de nuestra experiencia relatada, sobre todo en lo que se refiere al

coro y conjunto de flautas como grupo terapéutico y el autor como psicoterapeuta o líder del grupo. En la vida de estos dos conjuntos se puede advertir la dinámica, desarrollo y destino de un grupo terapéutico con sus fases de resistencia, tanteo, fuerzas disociadoras de inconformidad y cohesión final.

Pero si en algún momento constituimos un grupo terapéutico, fue únicamente por la fuerza cohesiva de la música y no por voluntad consciente del autor. Es por eso que no estamos autorizados para sacar conclusiones al respecto; sin embargo bien puede servir como punto de partida o como un incentivo para experiencias posteriores de esta índole con "pequeños delincuentes".

IX – B I B L I O G R A F I A

1. Adler, Alfredo. *Guiando al niño*. Buenos Aires, Ed. Paidos, 1952
2. Barrios Peña, Jaime. *Transgresión y reeducación*. Guatemala, Ed. Ministerio de Ed. Pública, 1956.
3. Bromberg W. *Psychopathic personality, concept evaluated and reevaluated*. Arch Gen Psychiat Chicago, 17:641-5, 1967.
4. Broocks, Fowler D. *Psicología de la adolescencia*. Buenos Aires. Ed. Kapelusz, 1949.
5. Carmichael, Leonard. *Manual de psicología infantil*. Buenos Aires. El Ateneo, 1957
6. Ey, Henry; Bernard, P. *Tratado de psiquiatría*. Barcelona, Toray Masson, 1969. pp. 79-130, 208-589.
7. Harrison, S. I. *The Childhood of a transexual*. Arch Gen Psychiat. 19:28-37, 1968.
8. Hofling, Charles K. *Tratado de psiquiatría*. México, Interamericana, 1967.
9. Jones, Maxwell. *Psiquiatría social*. Buenos Aires, Ed. Escuela, 1962.
10. Kolb, Noyes. *Psiquiatría clínica moderna*. México, La Prensa Médica Mexicana, 1966.
11. Lemkau, Paul V. *Higiene mental*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
12. Mira y López, E. *Compendio de psiquiatría*. Buenos Aires, El Ateneo, 1958.
13. Pahlen, Kurt. *El niño y la música*. Buenos Aires, El Ateneo, 1953.

14. Scott, Cyril. *Music, its secret influence throughout the ages.*
London, Rider an Company, 1958.

Br. Jorge Samuel Pellecer Badillo

15. Shaw, Charles R. *Psiquiatría infantil.* México,
Interamericana, 1969.

16. Whiteley. *Concepts of psychopathy and its treatment.* J. S.
Medicoleg 35: 154-63, 1967.

Dr. Octavio Aguilar
Asesor

Vo. Bo.

Ruth R. de Amaya.

Dr. Augusto Aguilera
Revisor

Dr. Julio de León Méndez
Director Fase III

Dr. Carlos A. Bernhard
Secretario

Vo. Bo.

Dr. Cesar Augusto Vargas M.
Decano